

1

El anuncio

El día de Año Nuevo de 1943, G. H. Bondy, director de la gran Metallo-Electric Company, se encontraba, como de costumbre, leyendo el periódico. Pasó por alto con indiferencia las noticias del frente de guerra y evitó el caos del gabinete, hasta detenerse en la sección de Finanzas y Comercio. El Diario del Pueblo, que había quintuplicado su tamaño, ofrecía ahora material suficiente para una lectura interminable. Permaneció allí un buen rato, absorto, hasta que dejó de leer y se perdió en sus pensamientos.

«¡La crisis del carbón! —se dijo a sí mismo—. Las minas están al borde del colapso, ¡la cuenca de Ostrava paralizada durante años! ¡Es un desastre total! Tendremos que importar carbón de Alta Silesia. Calcula cuánto encarecerá eso nuestra producción y, luego, ¡hablan de competencia! Estamos atrapados en un lío monumental. Si Alemania sube los aranceles, tendremos que cerrar. ¡Y los bancos industriales también están

cayendo! ¡Qué mala suerte! ¡Es una situación desesperante, absurda y asfixiante! ¡Maldita sea esta crisis!».

G. H. Bondy, presidente de la junta directiva, se detuvo. Algo lo perturbaba y no lograba identificarlo del todo. Rastreó su malestar hasta la última página del periódico que había desechado. Allí, una simple sílaba, «-ción», lo miraba incompleta, ya que el pliegue del papel ocultaba la letra inicial. Esa incompletitud, por absurda que pareciera, lo inquietaba de manera extraña.

«Bueno, diablos —reflexionó Bondy vagamente—, probablemente sea *producción* de hierro, o *prevención*, o tal vez *restitución*. Y las acciones de Azote también han bajado. El estancamiento es simplemente escandaloso. La situación es tan mala que resulta ridícula... Pero eso es un disparate, ¿quién anunciaría la restitución de algo? Lo más probable es que sea *renuncia*. Seguro que es renuncia».

Fastidiado, Bondy desplegó el periódico para acabar de una vez con la irritante palabra. Sin embargo, al hacerlo, la sílaba había desaparecido en el mar de pequeños anuncios. Buscó entre columna y columna, pero la palabra se había escondido de nuevo, burlona.

Frustrado, rastreó de abajo hacia arriba, luego desde el borde derecho, pero la esquivada «-ción» seguía desaparecida. Negándose a rendirse, Bondy volvió a plegar el periódico justo como lo había estado antes. Y ahí estaba, justo al borde, esa detestable «-ción».

Satisfecho por haberla encontrado, desplegó el papel con rapidez, seguro de que al fin resolvería el misterio... y maldijo en voz baja. No era más que un pequeño anuncio, modesto y anodino:

INVENCIÓN ALTAMENTE RENTABLE
APTA PARA CUALQUIER FÁBRICA, PARA VENTA INMEDIATA
MOTIVOS PERSONALES.
SOLICITAR A R. MAREK, INGENIERO, BŘEVNOV, N.º 1651.

«¡Así que eso era todo! —pensó G. H. Bondy—. Algún tipo de tirantes patentados; solo una estafa barata o el juguete favorito de algún loco. ¡Y aquí he perdido cinco minutos con esta tontería! Me distraigo yo solo. ¡Qué suerte la mía! ¡Y ni una pizca de mejora en ninguna parte!». Se acomodó en una mecedora para saborear con más comodidad toda la amargura de esta desdichada situación. Es cierto, la MEC tenía diez fábricas y 34 000 empleados. La MEC era el principal productor de hierro y no tenía competencia en calderas. Las rejillas de la MEC eran mundialmente famosas. Pero después de treinta años de duro trabajo, ¡cielos!, seguramente se habrían obtenido mejores resultados en otro lado...

G. H. Bondy se sentó de golpe.

—R. Marek, Ingeniero... Medio minuto: ¿podría ser el mismo Marek pelirrojo? Veamos, ¿cómo se llamaba? ¡Rudolph! Rudy Marek, mi viejo amigo Rudy de la Escuela Técnica. ¡Vaya, efectivamente aquí está! —murmuró al leer el anuncio—: «R. Marek, Ingeniero». ¡Rudy, bribón! ¿Es posible que seas tú? Bueno, parece que no has llegado muy lejos, amigo mío, vendiendo una «invención altamente rentable». —Soltó una risa sarcástica—. «Por motivos personales», claro... ya sabemos lo que eso significa. Sin dinero, ¿verdad? Buscando algún fabricante ingenuo que caiga en la trampa de tu «patente milagrosa». ¡Ay, Rudy! Siempre fuiste un soñador con la cabeza en las nubes, empeñado en darle la vuelta al mundo. ¿Y ahora? ¿Dónde quedaron todas nuestras grandes ideas? ¡Esos días locos y románticos de nuestra juventud!

Bondy se reclinó en su silla una vez más.

«Es probable que realmente sea Marek —reflexionó—. Aun así, Marek tenía cabeza para la ciencia. Era un poco hablador, pero había un toque de genio en el muchacho. Tenía ideas. En otros aspectos, era un tipo terriblemente impráctico. Un completo tonto, de hecho. Es sorprendente que no sea profesor —meditó Bondy—. Hace veinte años que no lo veo. Dios sabe qué ha estado haciendo; tal vez haya caído en desgracia. Sí, debe estar arruinado, viviendo en Břevnov, pobrecito... ¡y ganándose la vida con inventos! ¡Qué final tan terrible!».

Trató de imaginar la situación del inventor arruinado. Visualizó una cabeza salvajemente despeinada, cubierta de mechones desordenados, en medio de una habitación de paredes deslucidas, como sacada de una película de bajo presupuesto. No había muebles, salvo un colchón tirado en una esquina y una patética maqueta hecha de bobinas, clavos oxidados y puntas de cerillas esparcidas sobre una mesa desvencijada. Una ventana sucia daba a un estrecho y sombrío patio. En medio de esa miseria palpable, un visitante envuelto en un lujoso abrigo de piel entra en la escena, contrastando brutalmente con la indigencia circundante. «He venido a ver su invento».

El inventor, medio ciego, no reconoce a su antiguo compañero de escuela. Con una reverencia humilde y la cabeza despeinada, busca con torpeza un asiento para su visitante. Finalmente, con manos temblorosas y dedos rígidos, intenta en vano poner en marcha su desastroso artilugio: un aparato absurdo, una especie de máquina de movimiento perpetuo que apenas parece sostenerse. Murmura confusamente, asegurando que debería funcionar, que lo haría, si tan solo pudiera comprar... si tan solo tuviera...

El visitante, enfundado en su lujoso abrigo de piel, observa el desván destartado con una mezcla de lástima y curiosidad.

Entonces, sin decir nada, saca una cartera de cuero del bolsillo y deja caer sobre la mesa uno, dos... (¡Bondy se sobresalta!) tres billetes de tres mil coronas.

«¡Basta!», grita Bondy, alarmado por su propio impulso. «Uno hubiera sido suficiente... para continuar, quiero decir», protesta tímidamente una voz en su cabeza, desconcertada por lo irracional de la escena. «Aquí tiene... algo para continuar con su trabajo, señor Marek. No, no, no me debe nada. ¿Quién soy yo? Eso no importa. Considérelo un gesto de un amigo». Bondy imaginó la escena y le pareció sorprendentemente emotiva, casi conmovedora.

«Mañana mismo enviaré a mi secretaria a ver a Marek», resolvió Bondy, pero luego lo reconsideró. «¿Y qué voy a hacer hoy? Es día festivo; no voy a la fábrica. El día es mío... aunque tal y como están las cosas... ¡No tengo nada que hacer en todo el día! ¿Y si voy yo mismo hoy?». Vaciló. Ir personalmente a ver cómo su viejo amigo luchaba en Břevnov sería una pequeña aventura. «Después de todo, fuimos grandes amigos. Los viejos tiempos tienen sus derechos. ¡Sí, iré!», decidió de pronto.

El trayecto fue más tedioso de lo que esperaba, mientras su coche recorría Břevnov buscando una destartalada choza con el número 1651. Incluso tuvo que detenerse en la comisaría para preguntar por la dirección exacta.

—Marek, Marek —dijo el inspector, buscando en su memoria—. Debe ser Marek el ingeniero, de Marek & Company, la fábrica de lámparas eléctricas, 1651, calle Mixa.

¡La fábrica de lámparas eléctricas! Bondy se sintió decepcionado, incluso molesto. ¡Entonces Rudy Marek no vivía en una buhardilla! Era fabricante y quería vender algún invento «por motivos personales». Si eso no olía a bancarrota...

—¿Sabe, por casualidad, cómo está el señor Marek? —le

preguntó al inspector de policía con un aire despreocupado mientras se acomodaba en su coche.

—¡Oh, mejor que nunca! —respondió el inspector—. Tiene un muy buen negocio. —El orgullo local le hizo agregar—: La empresa es muy conocida. Un hombre muy rico y también erudito. No hace nada más que probar nuevos experimentos.

—¡Calle Mixa! —gritó Bondy a su chófer.

—¡Tercera a la derecha! —le gritó el inspector al cochero.

Pronto, Bondy se encontraba tocando el timbre de una bonita casa que formaba parte de una fábrica bien cuidada. «¡Está todo tan limpio y ordenado!», pensó. «Macetas en el patio, enredaderas cubriendo las paredes. Bah, siempre hubo un aire de filántropo y reformador en ese maldito Marek».

En ese momento, Marek apareció en los escalones para recibirlo; Rudy Marek, visiblemente delgado y serio, con una expresión ausente, por decirlo de alguna manera. A Bondy le produjo una extraña punzada descubrir que ni él era tan joven como recordaba, ni Marek tan desaliñado como lo había imaginado; era tan diferente de lo que había anticipado que apenas lo reconoció. Pero antes de que pudiera asimilar su desilusión, Marek extendió la mano y dijo en voz baja:

—¡Por fin has venido, Bondy! ¡Te estaba esperando!

2

El Karburátor

—¡T e estaba esperando! —repitió Marek, una vez que hubo sentado a su invitado en un cómodo sillón de cuero. Nada en el mundo habría inducido a Bondy a confesar su visión del inventor caído en desgracia.

—¡Qué casualidad! —dijo Bondy con una alegría algo forzada—. ¡Qué coincidencia! Esta misma mañana me di cuenta de que han pasado veinte años desde la última vez que nos vimos. Veinte años, Rudy, ¡piénsalo!

—Así que quieres comprar mi invento... —dijo Marek.

—¿Comprarlo? —respondió G. H. Bondy, titubeando—. No estoy seguro... Ni siquiera lo había considerado. Solo quería verte y...

—Oh, vamos, no hace falta que finjas —lo interrumpió Marek—. Sabía que vendrías. Para algo así, era inevitable. Este tipo de invento es justo lo tuyo. Hay mucho potencial aquí. —Hizo un gesto elocuente con la mano, tosió y con-

tinuó con calma—: El invento que te voy a mostrar supone una mayor revolución en los métodos técnicos que la invención de la máquina de vapor de James Watt. Para resumir su esencia, permite, en teoría, la utilización completa de la energía atómica.

Bondy disimuló un bostezo.

—Dime, ¿qué has estado haciendo todos estos veinte años?

Marek lo miró con cierta sorpresa.

—La ciencia moderna enseña que toda la materia, es decir, sus átomos, está compuesta por un gran número de unidades de energía. Un átomo es, en realidad, una colección de electrones, las partículas más diminutas de electricidad.

—Eso suena realmente interesante —intervino Bondy—. Siempre fui un desastre en física, ¿sabes? Oye, no te ves muy bien, Marek. ¿Cómo terminaste aquí, en esta... fábrica?

—¿Yo? Oh, por accidente. Inventé un nuevo tipo de filamento para las bombillas eléctricas... Pero bueno, no es nada importante; solo lo descubrí por casualidad. Llevo veinte años trabajando en la combustión de la materia. Dime, Bondy, ¿cuál es el mayor problema de la industria moderna?

—Hacer negocios —dijo Bondy—. Por cierto, ¿ya estás casado?

—Soy viudo —respondió Marek, levantándose de un salto—. No, los negocios no tienen nada que ver, te lo aseguro. Es la combustión. La utilización completa de la energía calorífica contenida en la materia. Piensa que apenas aprovechamos una cienmilésima parte del calor que se puede extraer del carbón. ¿Te das cuenta?

—¡Sí, el carbón es terriblemente caro! —dijo Bondy, con un aire de sabiduría.

Marek se sentó y exclamó, asqueado:

—Mira, si no has venido por mi Karburátor, puedes irte.